
AGUSTÍN GIMÉNEZ GONZÁLEZ, “Si el justo es hijo de Dios, le socorrerá” (Sab 2,18). Acercamiento canónico a la filiación divina del justo perseguido en Sab 1-6 (Asociación Bíblica Española 48; Verbo Divino, Estella [Navarra] 2009) 561 pp. ISBN 978-84-8169-919-7. € 32,00

La obra de Agustín Giménez González, profesor actualmente en la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, recoge básicamente su tesis doctoral, presentada en la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, bajo la dirección de la profesora Nuria Calduch-Benages. El objeto de la investigación consiste en el estudio de la filiación divina del justo perseguido que aparece en Sab 1-6 desde la perspectiva del acercamiento canónico. Esta es la razón por la cual, como el mismo autor indica en el prólogo, en el libro publicado se distinguen claramente dos partes, independientes entre sí, pero no ajenas la una a la otra. La primera, después de una breve introducción general al libro de la Sabiduría (pp. 7-18), es una larga exposición de la historia y naturaleza de la exégesis canónica (pp. 19-70). El núcleo de la investigación, que se propone poner en práctica el acercamiento canónico al texto bíblico estudiado, se distribuye en tres grandes secciones: el estudio de la figura del hijo de Dios tal como aparece en Sab (parte II), la comparación de esta figura con otras que aparecen en el AT (parte III) y su relación teológica con el NT, especialmente con la figura de Jesucristo (parte IV).

La parte primera, presentada como introducción metodológica al trabajo exegético que sigue, es en realidad una amplia y documentada guía sobre la exégesis canónica, con bibliografía abundante (en los autores principales, como B.S. Childs y J.A. Sanders, prácticamente exhaustiva), exposición clara y documentada, manifiesta preferencia por el método tal como lo expone Childs, y valoración crítica del método o acercamiento según los distintos autores estudiados. El autor se sitúa así en una amplia corriente de la exégesis moderna, que busca nuevos caminos de interpretación bíblica que, sin negar los métodos clásicos, abran perspectivas teológicas serias, respondiendo así a muchas voces dentro de la exégesis católica y protestante, que han encontrado además un apoyo claro en el actual papa Benedicto XVI. La exposición del acercamiento canónico, especialmente por lo que se refiere a la obra de Childs, es sin duda la más completa existente en nuestra lengua. Por supuesto, las cuestiones que se plantean son varias y muy importantes, bien expuestas por el autor y vivas en la discusión exegético-teológica actual. Hay una, sin embargo, que quizá no se trata con la profundidad debida: ¿cuándo puede decirse que existe ya una forma canónica? La actual historia del canon de la Biblia hebrea, del canon cristiano del AT y del canon del NT son muy críticas sobre la presencia de un canon fijo del AT en el siglo I. Habría que hablar, por tanto, más bien de textos con autoridad de Escritura Sagrada o, si se quiere, de textos canónicos de la Escritura (por ejemplo, la Torah o pentateuco) en el siglo I. Pero no de una Escritura canónica propiamente dicha. Durante

todo el tiempo de recepción canónica, sin embargo, hay determinados libros bíblicos que son usados como textos con autoridad por Cristo y por la comunidad cristiana primera. Pero, no lo olvidemos, aún no existe la conciencia de un canon completo de la Escritura (ni hebrea, ni cristiana), mucho menos de la aceptación de Sab en el canon cristiano del AT. Este punto me parece más importante, incluso, que la decisión de Childs de acoger como canónico sólo el texto masorético de la Biblia. Todo ello invita a repensar la afirmación de este autor sobre el valor decisivo que tiene la lectura de la Escritura en el siglo I. Es interesante también en este acercamiento la presuposición existente, de manera más clara u oscura, de la acción del Espíritu en la comunidad judía y cristiana, tanto para la composición de los textos (inspiración), como para su recepción como normativos o canónicos (canon). Se percibe aquí una recuperación de las cuestiones de la inspiración bíblica, pero situadas, no en el marco de una discusión sobre la inerrancia bíblica, sino en su verdadero contexto: el hacerse del texto bíblico, sus autores (divino y humanos), y la comunidad que los percibe y recibe como sagrados y normativos. En cuanto a la valoración crítica de este acercamiento exegético, el autor la lleva a cabo de un modo que podría calificarse de prudente, cosa que, en el contexto general del trabajo, es lo adecuado. No obstante, sería conveniente y útil señalar de manera más clara y amplia las ventajas y las dificultades reales que esta práctica, todavía joven, plantea a no pocos exegetas, así como la tentación a veces subyacente en ella de volver, bajo esta especie de marca de moda, a una exégesis puramente sincrónica. Un ejemplo reciente de este tipo de crítica puede verse en el artículo de Joachim Kügler, "Kanonisch, kirchlich, postmodern? Die Bibelwissenschaft sucht ihren Weg nach der Moderne", *Orientierung* 68 (2008) 285-304. Pero, en conjunto, son de agradecer estas páginas, la primera y única exposición amplia y documentada de este método existente en nuestra lengua. Completada con un apartado más amplio acerca de sus ventajas e inconvenientes, sería bien útil para profesores y estudiantes su publicación en un librito aparte, dedicado a este acercamiento exegético, que sin duda va a dar mucho juego en los próximos años.

La segunda parte de la obra está dedicada a estudiar la figura del hijo de Dios, tal como aparece en Sab 1-6. Se trata de un amplio trabajo exegético (pp. 81-217), en el cual el autor se enfrenta directamente con el texto bíblico y trata de dilucidarlo desde su propia perspectiva en diálogo permanente y crítico con los mejores comentaristas de este singular libro bíblico. El estudio es serio y sólido, necesario antes de acercarse al texto desde la perspectiva canónica, eliminando así de raíz las objeciones habituales contra su práctica. Las conclusiones a las que llega son igualmente serias y sólidas. El justo, hijo de Dios, de que se habla en Sab no es propiamente un personaje histórico, sino típico y ejemplar, aunque se apoye en ejemplos concretos de israelitas y judíos justos. Se integra en el marco del pueblo elegido, Israel, y vive según el ideal de justicia (*dikaiosynê*), expuesto en los siete imperativos contenidos en Sab 1, 1-15. Se trata de un justo perseguido por impíos (se concreten de la manera que sea) y que pone la confianza de su salvación plenamente en Dios, quien le salva después de la muerte, para asombro y castigo de quienes de él se reían. Las notas, por tanto, de este personaje típico de Sab son, según el resumen que hace el autor (p.

210), *dikaiosynê* o vida justa, conciencia de su filiación divina (desde la perspectiva del AT, pero comprendida individualmente), ser perseguido hasta la muerte, ser salvado por Dios tras la muerte como confirmación de su filiación divina.

La tercera parte (pp. 219-335) revisa, de manera prácticamente exhaustiva, el modelo de justo que aparece en Sab con otras figuras del AT, que puedan tener rasgos comunes, a partir de los cuatro signos de identidad conseguidos en el estudio previo. Aquí se comienza a ejercitar el acercamiento canónico. Primero se hace la comparación a partir de la categoría de "justo". Así, yendo de mayor a menor semejanza, se estudian de este modo los principales justos perseguidos del AT: José, Jeremías, los tres jóvenes de Dn 1-3, Susana, Daniel (Dn 6.7-12), Mardoqueo, los mártires macabeos, el orante de Sal 22, y finalmente el siervo de YHWH. La conclusión es que, si bien el justo de Sab comparte muchas características con otros justos del AT, no se identifica con ninguno, aunque sí se perciben en su elaboración la confluencia de tradiciones de Isaías, Daniel, Henoc y otros, siempre bajo una dimensión sapiencial (p. 269). El segundo bloque comparativo estudia el contexto histórico y canónico del justo de Sab desde el punto de vista de la filiación divina. En cuanto al contexto histórico de Sab se hace, primeramente, un sobrio repaso de las tradiciones egipcias (Sab se supone escrito en Alejandría), greco-romanas y judías (sobre todo en la literatura apócrifa más o menos contemporánea de Sab) sobre la filiación divina, constatando que se encuentran algunos rasgos comunes, pero ningún personaje que cumpla todas las condiciones del justo de Sab. Luego, se pasa a estudiar los personajes a los cuales en el AT se les considera de algún modo hijos de Dios: los seres celestiales, los impíos hijos de Dios (Gn 6; Sal 82), los miembros de la corte celestial (Job y Sal 89), los que adoran a Dios (Dt 32 y Sal 29); se trata de personajes a los cuales se les designa de algún modo hijos de Dios, pero poco más que el título comparten con el justo de Sab (p. 312). Seguidamente estudia la filiación colectiva del pueblo de la Alianza; textos interesantes, sobre todo Os 2,1, pero que difieren de la imagen del hijo de Dios de Sab, puesto que éste es individual, no colectivo. Finalmente, se tiene en cuenta la atribución de hijo de Dios al rey en Israel, atribución que tiene una posterior derivación mesiánica. El juicio del autor es que, a pesar de algunas semejanzas, no se puede identificar el justo de Sab con el mesías de la tradición judía. Todo ello conduce a nuestro autor a establecer la singularidad del justo hijo de Dios en Sab, singularidad constituida, como ya se ha dicho, por cuatro trazos constituyentes, una vida en justicia, una firme conciencia de ser hijo de Dios, ser perseguido hasta la muerte por los impíos y ser destinatario de la salvación escatológica. Excluye explícitamente la conciencia de ser mesías (p. 327-335). Las conclusiones me parecen sobrias, acertadas, sin dejarse llevar de la tentación de encontrar demasiadas semejanzas. El lector llega a la conclusión de que el justo de Sab es una especie de modelo final, que ha recogido muchas tradiciones del AT y las ha concretado en un personaje singular y único en todo el AT.

La cuarta y última parte (pp. 339-388) pone a prueba de manera decisiva el valor del acercamiento canónico. El lector que ha llegado hasta aquí se siente intrigado por lo que pueda ahora decir el autor: ¿leerá en esta figura sin más los rasgos de Je-

sucristo? El justo de Sab, ¿está ya anunciando al Jesús santísimo, justo sufriente, hijo de Dios por excelencia, muerto por sus enemigos y resucitado por su Padre Dios? La sobriedad del trabajo científico y la prudencia del buen exegeta han actuado también en esta parte. Con buen sentido, aparte estudios de temática semejante que brevemente se reseñan, se tienen en cuenta los trabajos de Adinolfi, Gilbert y Sisti, que han tratado directamente la cuestión. M. Adinolfi (1965) afirma que este texto de Sab es indirectamente mesiánico, pero sólo en tres sentidos: típico, pleno y eminente; M. Gilbert (1985) indica que no se puede afirmar que Sab 2, 18 sea un texto profético, aunque tampoco se puede excluir, en cuanto que el autor de Sab por inspiración divina puede haber anticipado algunos rasgos de la pasión de Cristo. A. Sisti (1977-92) se alinea básicamente con la postura de Gilbert. Nuestro autor prescinde de análisis comparativos entre textos concretos. Compara, primero, el justo de Sab con sus cuatro características propias con personajes del NT; después, la concepción de la filiación divina en Sab y en el NT. Los análisis son detallados y críticos. La conclusión primera es que en Jesús se dan todos los rasgos descubiertos en el justo de Sab, si bien la exaltación final supera con mucho la del justo de Sab, que, al fin y al cabo, es un hombre entre muchos (363). El concepto de filiación divina tiene también muchos rasgos en común en Sab y el NT, pero sobre todo notables diferencias. La filiación divina de Jesús sobrepasa la expresada en Sab y, además, todos los fieles pueden ser hijos de Dios y participar de su justicia, pero siempre por medio de su unión con Jesucristo.

¿Cuál es la conclusión de este trabajoso y duro camino? ¿Qué ha añadido el acercamiento canónico al estudio que hace de este texto la exégesis tradicional? Nuestro autor cree que las similitudes generales que se dan entre la figura del justo de Sab y el Jesús del NT no se deben a dependencia literaria, aunque en Lc pueda sospecharse una relectura de la figura del justo de Sab, llevado a cumplimiento en la experiencia pascual de Jesús (p. 378). Pero, entonces, ¿cómo explicar la coincidencia de los rasgos fundamentales entre el justo de Sab y Jesús? El autor responde: “Tantas coincidencias sólo pueden explicarse por dos motivos: o son pura casualidad, o la semejanza... responde a la intención divina” (p. 379). El autor, con buen criterio, excluye lo primero, pero tampoco quiere embarcarse en el poco seguro viaje de hablar de sentido profético, eminente o figurativo. Partiendo de la pertenencia a un único canon de ambas figuras (tal como se exponen en los textos canónicos), y aceptando como precomprensión cristiana la inspiración bíblica, se enfrenta a la relación entre una figura y otra, relación que, en último término, está planteando la eterna cuestión de la relación AT-NT. Decir que Dios, por inspiración, sugirió al autor de Sab una figura que anticipa los rasgos de Jesús en el NT, no es imposible, pero tampoco es comprobable, por lo que esta respuesta no exime de buscar otros caminos menos rectos, pero más convincentes. Creo que nuestro autor lo hace bastante bien en la página final de su estudio: aunque no se trata de un relato-profecía, Sab habla en cierto modo de Jesús, que es en sentido eminente “el justo” por excelencia, y prefigura ya con su diseño del justo hijo de Dios la figura misma de Jesús (383-384). Lo que el autor afirma es verdad. La cuestión es cómo explicarlo. Podemos acudir al sentido pleno (esto es en el fondo la referencia a una luz especial de la inspiración divina), pero podemos tam-

bién reflexionar sobre lo que significa leer el libro de la Sabiduría con los ojos del cristiano, a la luz del NT. Es de este modo como podemos descubrir la referencia última al Justo por excelencia que es Jesús, una referencia que se halla en el texto mismo, cuando se lee en esta perspectiva nueva, que es la lectura cristiana del AT. Que no es pura suposición personal, lo confirman las referencias del NT, estudiadas en esta obra. Que estamos ante un tema básico de la Escritura, lo confirma el estudio previo del AT y la literatura intertestamentaria. Que se descubre sólo cuando el texto se lee bajo la luz del mismo espíritu que actuó en el momento de su composición y de su integración en el canon, parece condición necesaria. Que todos estos supuesto se incluyen en el acercamiento canónico a un texto, parece imprescindible.

El trabajo que acabo de presentar tiene todas estas cosas en cuenta, unas más y otras menos. Es un primer ensayo entre nosotros de lectura canónica de un texto, paradójicamente deuterocanónico. Y esto hay que agradecerlo. Sobre todo si se hace con seriedad, prudencia y buen criterio, como es el caso. El libro se completa con una amplísima bibliografía (pp. 415-507) y varios índices y anexos. La estructuración mezclando capítulos, partes y conclusiones no es del todo clara y, a veces, complica la lectura. Pero el resultado final es altamente positivo. Enhorabuena a la editorial, a la ABE y, naturalmente, al autor.

José Manuel Sánchez Caro. Universidad Pontificia. Compañía 5. E-37002 Salamanca

MARCO NOBILE, *Saggi su Ezechiele (Spicilegium 40; Antonianum; Roma 2009)* 217 pp. ISBN 978-88-7257-079-1. € 21,00

Sería errado considerar el presente volumen como un cajón de sastre en que el autor ha mezclado materiales heterogéneos acomodados por el simple hecho de tratar sobre un mismo objeto material (el libro de Ezequiel). Las diversas contribuciones aquí recogidas por Marco Nobile giran en torno a un mismo centro que se presenta, en realidad, como una hipótesis de trabajo sobre el texto de Ezequiel. El autor de estos ensayos mantiene la teoría (avanzada ya en su trabajo de tesis doctoral) de que en la redacción final del libro de Ezequiel se puede reconocer, como forma literaria, la presencia de un esquema cultural de fundación. Este esquema está radicado en la misma estructura antropológica del pensamiento humano y corresponde con la necesidad vital del hombre (como individuo o como comunidad) de fundar la propia estabilidad a través de un ritual que se articula básicamente en tres fases: 1) una teofanía, es decir, una manifestación de Dios para legitimar la fundación; 2) la lucha de la divinidad contra los enemigos que impiden dicha fundación (fuerzas del caos, extranjeros, monstruos primordiales, pecado, etc); 3) establecimiento de un santuario como *axis mundi* o principio ordenador que articula y da estabilidad a las fuerzas creadas. El santuario así construido se presenta como centro de una constelación de figuras en mutua relación (la ciudad, el país, el pueblo, las leyes